

Françoise Sagan
BUENOS DÍAS,
TRISTEZA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

FRANÇOISE SAGAN
BUENOS DÍAS, TRISTEZA

Traducción de Javier Albiñana

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Bonjour tristesse*

1.^a edición: junio de 1995

6.^a edición: septiembre de 2024

1.^a edición en esta presentación: junio de 2025

© 1954 by René Julliard, París

© de la traducción: Javier Albiñana Serain, 1995

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-642-5

Depósito legal: B. 8.947-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

Primera parte	11
Segunda parte	79

Capítulo primero

A ese sentimiento desconocido cuyo tedio, cuya dulzura me obsesionan, dudo en darle el nombre, el hermoso y grave nombre, de tristeza. Es un sentimiento tan total, tan egoísta, que casi me produce vergüenza, cuando la tristeza siempre me ha parecido honrosa. No la conocía, tan solo conocía el tedio, el pesar, con menor frecuencia el remordimiento. Hoy, algo me envuelve como una seda, inquietante y dulce, separándome de los demás.

Aquel verano, yo tenía diecisiete años y era completamente feliz. Los «demás» eran mi padre y Elsa, su amante. Antes que nada, quiero explicar esa situación, que puede parecer falsa. Mi padre tenía cuarenta años y era viudo desde hacía quince. Era un hombre todavía joven, lleno de vitalidad, de posibilidades, y, cuando salí del internado, dos años antes, no me costó entender que viviese con

una mujer. Más difícil me resultó aceptar que tuviese una distinta vida cada seis meses! Pero pronto su encanto, esa vida novedosa y fácil, y mi propia predisposición me llevaron a adaptarme. Era un hombre despreocupado, hábil en los negocios, siempre curioso y enseguida cansado, que gustaba a las mujeres. Lo quise de inmediato, y de todo corazón, porque era bueno, generoso, alegre y cariñosísimo conmigo. No cabía imaginar mejor amigo ni más jovial. En los inicios de aquel verano extremó su amabilidad hasta preguntarme si la compañía de Elsa, su amante de turno, me importunaría durante las vacaciones. No pude por menos que animarle, pues sabía que necesitaba a las mujeres y que, por otra parte, Elsa no supondría estorbo alguno para nosotros. Era una chica alta y pelirroja, entre galante y mundana, que hacía de extra en los estudios y se exhibía en los bares de los Campos Elíseos. Era simpática, bastante simple y no tenía pretensiones serias. Además, demasiado contentos estábamos ambos de marcharnos como para poner la menor traba a lo que fuese. Mi padre había alquilado, en el Mediterráneo, una gran casa con jardín, blanca, apartada, preciosa, con la que soñábamos desde los primeros calores de junio. Se alzaba sobre un promontorio, dominando el mar,

rodeada por un pinar que la ocultaba desde la carretera. Un sendero descendía hasta una cala dorada, bordeada de rocas rojizas, donde se mecía el mar.

Los primeros días fueron espléndidos. Pasábamos horas en la playa, achicharrados bajo el sol, bronceándonos poco a poco y adquiriendo un color sano y dorado, salvo Elsa, cuya piel se ponía roja y acababa pelándose entre dolores tremendos. Mi padre se dedicaba a complicados ejercicios con las piernas para eliminar un amago de barriga incompatible con su condición de don juan. Tan pronto amanecía, me iba al agua, un agua fresca y límpida en la que me sumergía, en la que me agotaba haciendo mil movimientos para purificarme de las sombras y el polvo de París. Me tumbaba después en la arena, cogía un puñado, lo dejaba escurrir entre los dedos y la arena caía en una lluvia amarillenta y suave. Pensaba que se escapaba como el tiempo, que eso era una idea fácil y que resultaba grato tener ideas fáciles. Era verano.

El sexto día, vi a Cyril por primera vez. Iba costeando con una pequeña embarcación de vela y zozobró delante de nuestra cala. Lo ayudé a recuperar sus cosas y, entre risas, me enteré de que se llamaba Cyril, era estudiante de Derecho y pa-

saba las vacaciones con su madre en una casa cercana. Tenía un rostro latino, muy moreno, muy abierto, con algo equilibrado, protector, que me gustó. Con todo, yo huía de esos estudiantes universitarios, brutales, preocupados por sí mismos, sobre todo por su juventud, en la que encontraban tema para un drama o pretexto para su hastío. Prefería con mucho a los amigos de mi padre, cuarentones que me hablaban con cortesía y cariño, que me trataban con la dulzura de padres y amantes. Pero Cyril me gustó. Era alto y a ratos guapo, de una belleza que inspiraba confianza. Sin compartir con mi padre esa aversión por la fealdad que nos llevaba con frecuencia a alternar con gente estúpida, yo experimentaba frente a las personas desprovistas de todo encanto físico una especie de apuro, de vacío; esa resignación de algunos a no agradar se me antojaba una tara deshonrosa. Porque ¿qué buscábamos, sino agradar? Todavía no sé hoy si ese afán de conquista no oculta un exceso de vitalidad, un deseo de dominio o la necesidad furtiva, inconfesada, de sentirse seguro de uno mismo, amparado.

Cyril, al despedirse, se ofreció a enseñarme a navegar a vela.

Regresé a cenar, sin poder apartarlo de mi pen-

samiento, y no participé, o muy poco, en la conversación; apenas reparé en lo nervioso que estaba mi padre. Después de cenar, nos tumbamos en unas hamacas, en la terraza, como todas las noches. El cielo estaba cuajado de estrellas. Yo las miraba, esperando vagamente que se desprendieran y comenzasen a surcar el cielo en su caída. Pero solo estábamos a principios de julio y no se movían. En la grava de la terraza cantaban las cigarras. Debían de ser miles, y estar ebrias de calor y de luna para lanzar ese estridente grito durante noches enteras. Me habían explicado que se limitaban a frotar los élitros, pero prefería creer en aquel canto gutural, instintivo, como el de los gatos en celo. Se estaba bien. Tan solo unos granitos de arena entre la piel y la camisa me impedían sucumbir a las suaves acometidas del sueño. Fue entonces cuando mi padre carraspeó y se incorporó en la hamaca.

—Tengo que anunciaros que va a llegar alguien —dijo.

Cerré los ojos con desesperación. ¡Tanta tranquilidad no podía durar!

—Vamos, dinos quién —gritó Elsa, siempre ávida de cosas mundanas.

—Anne Larsen —dijo mi padre, y me miró.

Le devolví la mirada, demasiado atónita para reaccionar.

—Le dije que viniera si se sentía demasiado cansada con las colecciones y... va a venir.

Nunca se me hubiera ocurrido. Anne Larsen era una antigua amiga de mi pobre madre y tenía escaso trato con mi padre. Sin embargo, dos años atrás, cuando yo salí del internado, mi padre, que no sabía qué hacer conmigo, me había enviado a vivir con ella. Y ella, en una semana, me había vestido con gusto y me había enseñado a vivir. Despertó en mí una admiración apasionada que supo encauzar hábilmente hacia un joven de su círculo habitual. Le debía, pues, mis primeras elegancias y mis primeros amores, y le estaba muy agradecida. A los cuarenta y dos años, era una mujer muy seductora y solicitada, con un hermoso rostro altivo y hastiado, lleno de indiferencia. Esa indiferencia era lo único que podía reprochársele. Era amable y distante. Todo en ella traslucía una voluntad constante, una serenidad de ánimo que intimidaba. Pese a que estaba divorciada y libre, no se le conocía ningún amante. Además, no nos movíamos en los mismos círculos: ella alternaba con gente fina, inteligente, discreta, y nosotros con gente bulliciosa, sedienta, a quien

mi padre solo exigía que fuese guapa y divertida. Creo que nos despreciaba un poco a mi padre y a mí por nuestra afición a las diversiones y las trivialidades, como despreciaba todo exceso. Solo nos unían algunas cenas de negocios —ella se dedicaba a la moda y mi padre a la publicidad—, el recuerdo de mi madre y mis esfuerzos, pues aunque ella me intimidaba la admiraba mucho. En definitiva, aquella súbita llegada solo podía ser un contratiempo si se pensaba en la presencia de Elsa y en las ideas de Anne sobre la educación.

Elsa subió a acostarse tras formular una multitud de preguntas sobre la situación social de Anne. Yo me quedé a solas con mi padre y me senté en los escalones, a sus pies. Él se inclinó y apoyó las dos manos en mis hombros.

—¿Por qué estás tan flaca, mi amor? Pareces un gatito salvaje. Me gustaría tener una hija guapa y rubia, un poco llenita, con ojos de porcelana y...

—No es el caso —dije—. ¿Por qué has invitado a Anne? ¿Y por qué ha aceptado ella?

—Tal vez para ver a tu viejo padre. Nunca se sabe.

—No eres el tipo de hombre que pueda interesar a Anne. Es demasiado inteligente y se respeta demasiado a sí misma. ¿Y Elsa? ¿Has pensado

en Elsa? ¿Te imaginas las conversaciones entre Anne y Elsa? Yo no.

—No se me había ocurrido —confesó—. Lo cierto es que me asusta un poco. Cécile, mi vida, ¿y si nos volvemos a París?

Rio despacito acariciándome la nuca. Me volví y lo miré. Le brillaban los ojos oscuros, con graciosas arruguillas que le acentuaban las comisuras, y fruncía ligeramente los labios. Parecía un fauno. Me eché a reír con él, como cada vez que se buscaba complicaciones.

—Mi viejo cómplice —dijo—. ¿Qué haría yo sin ti?

Y tan convencido, tan tierno era su tono de voz que comprendí que de veras habría sido desgraciado sin mí. Hasta entrada la noche, hablamos del amor y de sus complicaciones. A los ojos de mi padre, estas eran imaginarias. Rechazaba por sistema las nociones de fidelidad, de seriedad, de compromiso. Me explicó que eran arbitrarias, estériles. En otra persona, esas opiniones me hubieran desagradado. Pero sabía que, en su caso, aquello no excluía ni la ternura ni la devoción, sentimientos a los que se entregaba con mayor facilidad de la que quisiera, sobre todo porque él los consideraba provisionales. Ese concepto de las

cosas me seducía: amores rápidos, violentos y pasajeros. A mi edad no me atraía mucho la fidelidad. Sabía muy poco todavía del amor: citas, besos y hastíos.